

UN SUEÑO, NADA MAS

OYE, tú, amigo,
anoche
soñé que había libertad.
No lo creía, pero me pellizqué
y
había libertad.
Parecía mentira respirar todo el aire,
decirle buenas noches al amigo sin que se nos enfade,
pasar ante la tienda de comestibles
sin que el guardia gris armado
te detenga o delate.
Pasear por la mañana
o pasear por la tarde
por las avenidas, pisando fuerte la acera,
mirando a los escaparates
y decir “creo en Dios” o “no creo”,
me gusta la República o prefiero el magnate
capitalista que nos explota,
prefiero el rey que reina o, mejor aún, dadme
constitución y libertad —¡santas palabras!—
sin que por ello corra la sangre.

Anoche, amigo, si,
soñé que tú podías
razonar con la gente, leer libros delante
de la gente, y amar, amar, amar
a raudales
al negro, al polinésico, al judío
sin que te fusilasen.
Soñé que había multitud de palomas
en las iglesias parroquiales,
y
soñé que los curas se pasaban al pobre,
que a los nazis, al fascismo y a los americanos
los dejaban para que se las arreglasen
con sus cuentas bancarias, con su ocio, con sus putas,
con sus pecados y sus yates,
y sus enchufes, y sus pistolas, y sus desfiles,
y sus chistes, y su gobierno por las ciudades.